

LA PERSONALIDAD DEL DROGADICTO¹

Francisco ALONSO-FERNANDEZ

*Catedrático de Psiquiatría.
Universidad de Madrid.*

1. Texto recogido en grabación y corregido por el autor.

¿Qué es la personalidad? Podemos tomar como un concepto práctico de personalidad la organización *total* del ser humano, pero destacando sobre todo sus aspectos afectivos y emocionales, así como el yo y la conciencia de sí mismo. Estos datos forman *el eje* diamantino de la personalidad. Pero realmente la personalidad engloba la totalidad del ser humano, una totalidad *dinámica*, una totalidad que va evolucionando y cambiando a lo largo de la vida con arreglo a las distintas experiencias vividas. La personalidad, por lo tanto, no constituye una entidad *estática, fija, rígida*, sino una estructura móvil, cuyos cambios se van produciendo en consonancia con las experiencias que la personalidad va recibiendo.)

Y aquí vamos a enfocar el estudio de esta totalidad dinámica, en sus características más importantes, antes de haberse entregado el sujeto al consumo de drogas y antes de haber quedado, como se dice hoy, agarrado o atrapado por las drogas, contrayendo esta enfermedad que llamamos drogodependencia. Vamos a estudiar, por lo tanto, la personalidad del drogadicto antes de ser drogadicto, las características de la personalidad que más pueden inclinar a un joven al abuso de las drogas y a convertirse en drogadicto.

La segunda parte de la cuestión es el drogadicto. Drogadicto quiere decir adicto a las drogas, dependiente de las drogas. La dependencia de drogas al ser ya algo que constituye una necesidad, un impulso irresistible, incontrolable por parte del sujeto, implica la pérdida de la libertad interior y el comienzo de la alienación de la personalidad. El sujeto ya no puede controlarse al respecto. Muchas veces los drogadictos no tienen clara conciencia de esto porque la libertad interior es un fenómeno muy sutil y difícil de registrar.

Se está enfocando aquí el concepto del fenómeno de la drogodependencia con arreglo al *modelo de enfermedad*. Hay otros modelos descriptivos más sociales y menos médicos. (conducta aberrante, actitud marginal, etc.). Pero la verdad es que es hasta el momento actual el modelo más operativo de todos para definir y conceptuar el drogadicto y establecer normas preventivas y terapéuticas, ha sido el modelo médico. Todos los demás modelos son objetos de discusión e incluso hasta no son válidos para señalar el límite entre lo que es el drogadicto y el mero consumidor de drogas. Entre el drogadicto y el consumidor de drogas hay un salto, una diferencia no cuantitativa. No se trata de que el drogadicto consuma más que el consumidor de drogas todavía no dro-

gadicto. Incluso puede haber consumidores de drogas que consumen más cantidad y que no son drogadictos.

Se puede transportar esta diferencia a los alcohólicos. No todas las personas que beben son alcohólicos. Solamente algunos bebedores son alcohólicos. Hay algunos bebedores no alcohólicos que beben más alcohol que otros que son alcohólicos, ya que la diferencia entre el mero consumidor de drogas y el drogadicto, es más cualitativa que cuantitativa. La diferencia está en que el drogadicto está prendido en las drogas por un fenómeno involuntario que él no puede dominar: la drogodependencia. No se trata de una dependencia hacia el cine, hacia la televisión, porque también existe desde luego la dependencia para el cine, la dependencia para la televisión, la dependencia para coleccionar sellos, etc., pero todas estas dependencias son dependencias más periféricas de la personalidad, y únicamente nos sirven para aproximarnos a comprender a una determinada persona. A quien tiene estas dependencias, el argot popular lo cataloga como un sujeto «maniático».

El drogadicto y el alcohólico centran su mundo en esta dependencia. Por esto se ha dicho que desde el punto y hora en que una persona se vuelve drogadicto, la droga se convierte en un objeto *autoritario*, que absorbe a la personalidad. Todo el mundo de esa persona, toda la intimidad de esa persona se organiza en torno a su tendencia a consumir droga y en torno a las vivencias que le proporciona la droga, que, por cierto, son generalmente efectos un poco distintos a los habituales, hasta el punto de que hay autores muy perspicaces que se basan para ver rápidamente si una persona es un mero consumidor de drogas o un drogadicto, en considerar los efectos obtenidos con la droga. Cuando los efectos que se obtienen con las drogas son los comunes, nos encontramos en el sector del consumo, pero cuando estos efectos son un tanto extraordinarios y distintos a los habituales, tomando al principio un sello placentero, lo más probable es que estos efectos placenteros, distintos a los experimentados por los consumidores comunes de drogas, sean precisamente una manifestación de la drogodependencia.

Para que se vea más claro, consideremos, por ejemplo, un efecto de una droga que ocasiona un amodorramiento: el amodorramiento representa para una persona que está bien insertada en la vida y que tiene una clara conciencia de sí mismo, un atentado contra su vida psíquica.

En cambio, para una persona que se encuentra lanzada, como luego veremos, a la búsqueda de su identidad y que no se ha encontrado a sí misma, porque tiene una gran sensación de vacío o porque tiene unas grandes *limitaciones personales* para comunicarse con los demás, quizás el amodorramiento implique satisfacciones al acompañarse de desinhibición de la personalidad y de aportación de unos ciertos contenidos. Una personalidad rellena con algo, representa para uno mismo algo más satisfactorio que una persona vacía. En el momento en que esta persona empieza a rellenar su mundo psíquico con algo, se encuentra más satisfecha. Incluso, simplemente, la desinhibición que represente para ella una facilidad para comunicarse con otras personas, es un dato sumamente grato.

Los efectos de las drogas varían muchísimo no sólo en relación con el tipo de droga, la dosis, la vía de administración, etc., sino también a tenor de factores psicológicos, como la situación en la que uno se encuentra y la personalidad del consumidor. Por esto, ya está grabado en la personalidad, con arreglo a ciertas características que ahora empezaremos a ver, la disposición a convertirse en drogadicto.



Por otra parte, hay muchas clases y tipos de drogadictos. Ha habido un cambio en *el tipo de drogadicto*: mientras que el tipo antiguo, el tipo *clásico*, era una persona adulta que empezaba a inyectarse un analgésico porque se lo había indicado un médico para combatir una enfermedad y quedaba enganchado en este analgésico, permaneciendo fiel a la misma sustancia, apareciendo así como un drogadicto monovalente, un drogadicto de una sola droga, individual y adulto, el drogadicto *moderno* ofrece unas características completamente distintas a las que tenía el clásico. En primer lugar, se trata de una persona joven, cada vez más joven situada, por lo general, entre los 12 y los 18 años. Su entrega a la droga se produce en grupo, o con personas aproximadamente de su misma edad. Por lo general, el drogadicto de hoy no se mantiene fiel a una droga, sino que tiene necesidad de combinar varias drogas y de ir haciendo lo que se llama la escalada, que es recurrir a drogas cada vez más fuertes: es un drogadicto polivalente, un drogadicto de varias drogas. Si a todo esto agregamos que el drogadicto de hoy está situado en los márgenes de la sociedad y pertenece a una subcultura o a una contracultura más o menos marginal, ocupando al menos una posición excéntrica en la sociedad, tenemos que el drogadicto de hoy tiene unas características completamente contra-

puestas al drogadicto clásico, al ser un drogadicto juvenil, grupal, afecto a varias drogas y adscrito más a corrientes contraculturales que adaptado a la sociedad en el seno de la cual se halla.

Siempre ha habido drogadictos. ¿Pero cómo es que ahora los drogadictos se acumulan en la etapa de la juventud, en lo que pudiera parecer la época más feliz de la vida, lo que llamaba Goethe «la época de la embriaguez del ser humano», embriaguez de felicidad, de dicha?, ¿Por qué esto es así? Esto ya nos remite a lo que es el adolescente. Pero antes de ver lo que es el adolescente, digamos que ha cambiado el estilo del drogadicto moderno, que ha empezado con la corriente hippy, hace aproximadamente 25 años, en la Costa del Pacífico de los Estados Unidos, sobre todo en San Francisco como un movimiento de protesta, una mezcla de protesta y de evasión, con una ideología completamente contrapuesta a la ideología de los padres y por eso se trataba entonces de consumir drogas marginadas, sustancias prohibidas que no se debían mezclar con el alcohol. Todo esto ha cambiado porque el movimiento hippy que tanto prometía con sus símbolos de flor, amistad, de amor y de paz, se ha extinguido y ha dejado unos residuos muy pobres, como un cierto hastío por la higiene y una tendencia a llevar ropas demasiado amplias y descuidadas. Pero realmente lo esencial de sus promesas se ha volatilizado. Ha dejado también la tendencia en muchos jóvenes a consumir drogas, pero ya sin estar adscritos a la ideología contracultural que tenían los hippies. Se ha producido por lo tanto aquí una verdadera transformación. Ya no vamos a hablar de los drogadictos modernos, sino de los drogadictos *actuales* que son distintos de los drogadictos de hace, 10, 15 ó 20 años.

Hoy se ha convertido el consumo de sustancias clandestinas en una especie de *rito iniciático masculino*, con una voluntad de riesgo, sabiendo que con el consumo de drogas uno arriesga mucho para afirmar su personalidad ante los demás y ante sí mismo. El chico siente la necesidad de consumir drogas como un desafío. Esto constituye más o menos lo que hacían los adolescentes masculinos unas décadas atrás con el consumo de tabaco o de cerveza.

Pero aparte de esta voluntad de riesgo que ellos viven como una afirmación de sí mismos, existe también una convicción de que con las drogas pueden ser más felices. Desde su punto de vista, las sustancias químicas son la máxima aportación hecha por la tecnología moderna para hacer la vida más agradable.

En este sentido tenemos que proclamar que la farmacopea, los fármacos, se fueron afianzando en los hábitos de la sociedad como sustancias ya no sólo para curar enfermedades, sino para hacer más grata la vida. Empezó la cuestión con los antibióticos. Luego vinieron los contraceptivos y los psicofármacos. Hay grandes sectores de la sociedad que están totalmente convencidos de que con las sustancias químicas no sólo se puede conseguir curar la enfermedad, sino también obtener una vida más placentera y satisfactoria. Y es muy curioso cómo los jóvenes que en el fondo adoptan una postura antitécnica, por lo menos antitecnocrática, en este aspecto de las sustancias químicas están completamente entregados a una confianza ciega en ellas. La ideología de evasión y de protesta se ha transformado en una ideología machista y de confianza en las sustancias químicas. Y así hoy, los adolescentes se entregan a consumir sustancias químicas para combatir sus trastornos, su malestar y sus sensaciones de insuficiencia.

Las chicas llegan más tarde a las drogas, y por lo general de la mano de un sujeto masculino, un hermano, un amigo, un novio, la pareja. Aproximadamente, hay por cada tres drogadictos masculinos, una chica drogadicta.

Hoy no se puede comprender lo que es la personalidad previa del drogadicto sin comprender *la crisis de la adolescencia*. Realmente, la base fundamental que hace que esta gran masa de jóvenes se lance al uso y al abuso de las drogas, está en la crisis de la adolescencia. Dentro de todos estos sujetos adolescentes los más predispuestos a convertirse en drogadictos son los adolescentes, que sufren problemas importantes de salud mental o que tienen alguna estructura *psicopatológica*, sobre todo una depresión, una organización límite de la personalidad, una personalidad profundamente narcisista o una esquizofrenia paranoide.

Muchas veces hay una cierta afinidad entre el tipo de trastorno psíquico que tiene el sujeto y el tipo de droga que se entrega a consumir. Y así, por ejemplo, los depresivos sobre todo consumen al principio sustancias cannábicas, los que tienen una organización límite de la personalidad pronto hace la escalada para llegar a la heroína, los que tienen esquizofrenia paranoide quedan detenidos en las anfetaminas.

Esta explicación psicopatológica es válida aproximadamente para un 10 ó un 20 por ciento, pero queda un 80 ó un 90 por ciento que cuando se hacen drogadictos no tenían ninguna estructura psicopatológica. Hay que suavizar esta afirmación en el sentido de que la crisis de la juventud actual se ha vuelto tan extraordinariamente complicada que hay algunos autores que han renunciado a distinguir dentro de los jóvenes actuales los normales de los enfermos psíquicos.

El trazar, por lo tanto, a la edad de la adolescencia y de la juventud de hoy, una frontera entre lo que es normal y lo que es anormal, entre lo que es sano y lo que es patológico, se ha vuelto una tarea difícilísima. a veces imposible. Hay incluso autores que dicen que hoy todos los jóvenes pasan por una etapa psicótica. Esto me parece una afirmación totalmente exagerada, trivializar lo que es la psicosis. Pero de todas maneras creo que da una idea aproximada de lo difícil que resulta esta tarea de distinguir a estas edades lo que es normal de lo que es anormal y lo sano de lo patológico.

La hija de Sigmund Freud, el fundador del psicoanálisis, Ana Freud, decía que ella consideraba como anormales y enfermos a todos los adolescentes y jóvenes que fuesen considerados como normales y sanos por los adultos de su entorno. Trataba de subrayar con esto que la edad de la adolescencia es al mismo tiempo la edad de la protesta, la edad de la turbulencia, en la que el sujeto sufre y se siente inmensamente conflictivo en su mundo interior y proporciona muchos sufrimientos a los demás. Todo esto se ha acentuado en los últimos tiempos. La crisis de la adolescencia, *crisis universal*, existe en todas las sociedades y en todas las culturas. Lo que ocurre es que es más acentuada, más prolongada, más llena de dificultades, en aquellas sociedades y culturas donde existe una mayor diferenciación de la personalidad. Esto es lógico: si la adolescencia es el tránsito del niño a adulto –Rousseau, poco aficionado a los niños, decía: «el tránsito de ser salvaje a ser inteligente»–, cuanto más diferenciado se vuelve el adulto, más amplio se vuelve el tránsito y más se exige a la adolescencia como edad de transformación al tener que llegar a una diferenciación más elevada.

En las sociedades elementales y poco diferenciadas, la crisis de la adolescencia suele ser muy leve. Además, generalmente, estas sociedades disponen de ritos iniciáticos que todavía la compensan más: unas veces la compensan con el apoyo proporcionado a los adolescentes, y otras veces realmente la sofocan y tratan de ignorarla. Lo que trato de afirmar aquí es que el tránsito muy

difícil desde el punto de vista psicológico. Basta reflexionar un poco sobre ello. Si hay algunas sociedades primitivas que tienen más o menos solucionado este problema, es porque recurren a ritos que muchas veces son un verdadero apoyo psicológico y otras un modo de ocultar o enmascarar la crisis juvenil.

En los últimos tiempos la crisis de la adolescencia en las sociedades occidentales se ha acentuado todavía más, porque estamos viviendo una época de crisis, una época donde hay factores nuevos entre nosotros como es la convivencia entre cuatro generaciones. Si hasta hace 30, 40 ó 50 años los hijos apenas convivían con los padres porque se morían, no había entonces posibilidad cronológica muy dilatada de que los hijos se llevaran muy mal con sus padres, ya que los perdían a una edad muy precoz. Hoy tenemos que convivir cuatro generaciones nada menos, en el marco social de una tecnología mal aplicada y de la revolución científico-técnica-industrial, con el imperio de la burocracia, la derogación de los tradicionales valores y su sustitución por ideales de consumo. Todo esto representa una crisis que llega a todas las edades. No es que la crisis de la adolescencia aisladamente se haya vuelto mucho más intensa, es que todos los seres estamos en un momento de crisis. Lo que pasa es que dentro del conjunto de crisis del ser humano, la crisis evolutiva, la crisis por excelencia, la crisis de la crisis es la crisis de la adolescencia y si el conjunto de seres humanos, incluso los adultos, han entrado en una época de transformación aguda en un momento de crisis, no tiene nada de particular que esta crisis se refleje con particular intensidad allí donde siempre se ha constituido una crisis, en la edad de la adolescencia.

Existe aquí una causalidad *circular*: la crisis de los adultos y la de los jóvenes se acentúa recíprocamente.

A la falta de comprensión de los adultos hacia los jóvenes y la aproximación hacia ellos simplemente con neutralidad emocional, con postura comprensiva y con respeto esencial y básica a sus libertades, los hijos responden con unas tendencias que activan el malestar de los adultos. También pudiera enfocarse el estudio de esta causalidad circular partiendo de las anomalías propias del adolescente actual.

Aquellos adolescentes que van a experimentar la crisis de la adolescencia con particular intensidad van a ser precisamente los más predispuestos a contraer la drogodependencia. Las manifestaciones básicas de la crisis de la adolescencia actualmente son sobre todo estas dos: en primer lugar, *el desfase* en la maduración de la personalidad de modo que unos aspectos de la personalidad han adelantado su proceso de maduración, como la inteligencia, el desarrollo biológico y la sexualidad, en virtud de factores alimentarios y de la más amplia estimulación, en lo que se refiere a la inteligencia.

Los aspectos de la personalidad que constituyen lo que al principio decía, el eje diamantino de la personalidad, en particular la esfera afectivoemocional, madura mucho más tardíamente ahora que antes. En consecuencia, si siempre la maduración ha sido un proceso un tanto asincrónico, ahora su asincronismo se ha acentuado en extremo. Así tenemos un adolescente desfasado que en unos aspectos se encuentra ya suficientemente maduro, y en otro, total y radicalmente inmaduro, sobre todo en los aspectos interpersonales y afectivoemocionales.

El otro factor de la adolescencia verdaderamente sustantivo consiste en *la identidad*. Llamamos identidad a la conciencia que uno tiene de sí mismo en cuanto ser independiente, pero al mismo tiempo dotado para vivir en interre-

lación con las demás personas. Con ello uno se acepta a sí mismo, y dispone de fortaleza psicológica suficiente en su yo para manejar sus tendencias interiores y elaborar adecuadamente los estímulos exteriores recibidos. De manera que ni es juguete de sus impulsos instintuales interiores, ni tampoco lo es de los estímulos exteriores. Aquí existe una persona ya capaz de controlarse suficientemente a sí mismo, que ha tomado conciencia de sí mismo, y ha encontrado su perfil de identidad. Esto es lo que básicamente les falta a los adolescentes, a todos, pero a unos con mucha más profundidad que a otros.

Hemos de decir con relación a la crisis de identidad que siempre ha existido en los adolescentes. Pero antes era una crisis mucho más ligera y banal, que se manifestaba simplemente por una temporada de apartamiento de los padres. Cuando el chico había llegado a la edad de la adolescencia, rompía entonces aquellos ideales de fe incondicionales de los adultos, de confianza absoluta en sus padres viéndoles como dioses, etc., y durante cierta temporada el chico se volvía un poco raro y se apartaba de sus familiares. Pero al cabo de 2 ó 3 años llegaba la reconciliación con los adultos, aceptándolos como lo que son, no como dioses. En el momento en que llegaba esta reconciliación, el adolescente tomaba como modelo de identificación a una persona adulta, generalmente el progenitor del mismo sexo, con lo que terminaba entonces la crisis de la adolescencia mediante una reconciliación con los adultos muy profunda, tomando precisamente a un adulto como modelo de su personalidad.

Ahora la crisis se ha vuelto mucho más profunda. Porque entre los adultos y los jóvenes se ha establecido un hiato, un gran espacio vacío, o quizás un espacio lleno de resentimiento e incompreensión. En este clima, para los jóvenes resulta muy difícil tomar como modelo de identidad a algún adulto. Se prolonga la adolescencia y se prolonga y se prolonga. Por esto vamos viendo cada vez mayor número de adultos que realmente tienen una mentalidad adolescente. Si tuviera que buscarse un epitafio común en un cementerio, un epitafio que valiera para todas las personas allí sepultadas, cementerio con independencia de la edad, quizá serviría el de «aquí yace un adolescente». Vamos hacia una Humanidad de adolescentes, una Humanidad donde resulta cada vez más difícil superar esta etapa de la adolescencia.

De manera que estos son los dos rasgos fundamentales de la adolescencia; la crisis de identidad y el desfase en el proceso de la maduración entre las distintas tendencias de la personalidad. De aquí se desprenden otros rasgos que simplemente voy a enumerar, ya que son secundarios a estas dos características verdaderamente básicas de la personalidad del adolescente: el pasotismo o la ausencia de motivaciones y de intereses sobre todo en relación con el ambiente pragmático, y por fuera del mundo de las fantasías: el narcisismo, en forma de tendencia a cultivar la admiración y la estimación por sí mismo y por todo lo que se le parezca, y de aquí la integración en grupos donde se cultiva la estimación recíproca y la hostilidad contra los adultos; la agresividad, porque si bien muchas veces se ha dicho que estamos en una época donde quizás la evolución del ser humano ha cambiado y ya hemos perdido el segundo apelativo «sapiens» y nos hemos vuelto «homo sapiens brutalis», esta construcción de la brutalidad se inicia en la adolescencia.

Simplemente, la presencia de las armas estimula la agresividad. Con esto quiero decir cómo la construcción de nuevos instrumentos va llevando a la Humanidad por nuevos derroteros. Dejo planteado como una curiosidad histórica de que allá por los siglos XV y XVI, periclitó el feudalismo, simplemente porque progresaron las armas y los nuevos elementos volvieron al señor feu-

dal incapaz para proteger a sus súbditos. Concluyó el feudalismo simplemente a instancias de un progreso instrumental.

Los progresos instrumentales van cambiando a la Humanidad y la época de la vida en donde empieza el adiestramiento de la agresividad en el ser humano es la época de la adolescencia. Según mis apreciaciones, la mímica de la risa y la sonrisa, que es la mímica que llamaríamos con arreglo a la etología, la mímica del apaciguamiento, porque tranquiliza al sujeto y a los demás, cada vez escasea más. A medida que va llegando a los países la organización tecnoburocrática, se estimulan los potenciales agresivos y se pierden estos hábitos de apaciguamiento y convivencia.

La adolescencia, la edad del narcisismo, la edad del pasotismo, la edad de la agresividad y también la edad del empleo del propio cuerpo de una manera distinta a como se empleaba hace 4 ó 5 décadas: cuando vemos a un chico o a una chica lanzados a actividades más o menos eróticas, su comportamiento no se puede enjuiciar con arreglo a los ideales de hace 40 ó 50 años, porque generalmente estos jóvenes hacen comportamientos de este tipo movidos por el afán de buscar comunicación, amistad, amor. Utilizan el cuerpo en este sentido de una manera completamente distinta a como se utilizaba hace unas décadas. A los comportamientos eróticos de hoy no les podemos aplicar las condenas moralistas de antaño. El mismo tipo de comportamiento quiere decir algo distinto y encierra un significado profundo y que tenemos que tratar de captarlo, a la vez que evitamos aplicar inexorablemente condenas que incrementan si cabe el distanciamiento entre los adultos y los jóvenes.

El adolescente más predispuesto a la drogodependencia es el que está más lanzado a la búsqueda de identidad y por eso no tiene nada de particular que entre estos jóvenes últimamente se haya cultivado mucho la tendencia de grabarse el cuerpo con tatuajes, como vamos a ver mediante la presencia de unas diapositivas. El tatuaje fue utilizado al principio por tribus y religiones, como un símbolo de identidad para saber y mostrar quién es uno. Luego la religión judeo-cristiana interpretó que el tatuaje era un signo de paganismo, con lo que el tatuaje se marginó y empezó a ser utilizado por presos, condenados y personas marginadas de todos los estilos. Se propagó especialmente a las colonias penitenciarias. Países tan civilizados como Inglaterra y Francia nos dieron un ejemplo al mundo verdaderamente nefasto de estos avernos, ambientes infernales que eran las colonias penitenciarias, donde se practicaba muchísimo el tatuaje y el oficio de tatuador se convertía en una profesión extraordinariamente brillante y muy fructífera. Kafka tiene una obra dedicada a las colonias penitenciarias y comenta estos extremos.

El tatuaje de ser un símbolo de identidad para determinadas tribus y religiones se convirtió así en un símbolo de identidad para marginados, hasta el punto de que Lombroso decía que el tatuaje era un estigma de degenerados, un signo de delincuentes. Lombroso buscaba el delincuente nato y estaba completamente equivocado en estos aspectos. De todas maneras, últimamente los drogadictos incluso antes de ser drogadictos, se hacen tatuajes con alta frecuencia, cuyo sentido es tratar de romper su vínculo de filiación con los padres y establecer una filiación unida a personas de la misma edad que se refleje en su cuerpo; una filiación nueva, una filiación que podríamos llamar, por tratarse de unión fraternal con otras personas de su misma edad y por tratar de exhibirla exteriormente en su cuerpo y con orgullo, *filiación fraternal narcisista*, meta en pos de la cual están lanzados los drogadictos actuales.

Hay otros factores ambientales que hacen a la personalidad del joven especialmente predispuesta a caer o a sucumbir en la drogodependencia: los

conflictos y rupturas familiares, el tipo de familia autoritaria o ácrata, la escolaridad llena de fracasos y demasiado prolongada, la falta de trabajo. La personalidad del ser humano siempre se acompaña, como decía Ortega y Gasset, de «sus circunstancias». Pero en el joven la unión entre la circunstancia y la personalidad es una unión verdaderamente indisoluble.

Dos palabras nada más que para diferenciar la personalidad condicionada a la drogodependencia de la personalidad prealcohólica. El alcohólico es un drogadicto, un drogadicto del alcohol pero un drogadicto que se mantiene fiel única y exclusivamente a una droga, al alcohol. En cambio el drogadicto juvenil de hoy es polivalente.

En el drogadicto, los factores de personalidad que le llevan a la drogodependencia son mucho más profundos y conflictivos que los del alcohólico. El alcohólico tiene dificultades para comunicarse con los demás, para relacionarse con los otros y se siente muy solo e inseguro en la vida. Se siente como en una situación insostenible. Con el alcohol trata de afianzarse y modificar su situación. El drogadicto de varias drogas, el drogadicto que termina en la heroína es el drogadicto que busca con las drogas encontrar su identidad. El drogadicto que tiene conciencia de no tener todavía una identidad y de que su personalidad está afectada de trastornos que tiene que remediar con algo y busca sus remedios en estas drogas, por la senda de una especie de medicina auténticamente salvaje, la medicina de la calle.

En la prevención de la drogodependencia se deben tener en cuenta los factores de personalidad, a la vez que se limita la disponibilidad de las drogas. A mayor disponibilidad, mayor consumo. Se hace preciso también mejorar las condiciones de vida de los jóvenes, mediante una convivencia con adultos que hayan recuperado sus papeles. Se ha vuelto muy difícil el desarrollar el papel de padre, el papel de madre. La función de padre o de madre es hoy distinta a la función que se desarrollaba y que se exigía hace 30 años. El adulto que trata de ser con sus hijos lo que su padre fue con él, está desarrollando un programa lleno de equivocaciones y torpezas. Al mismo tiempo se precisa dar a los jóvenes y a los adolescentes un papel mucho más activo en la organización de la sociedad. Antes, el adolescente a los 13 ó 14 años ya estaba desarrollando un papel muy activo en la sociedad, un papel muy responsable. Se ha retrasado la incorporación del joven a asumir una participación activa en la sociedad porque el programa de enseñanza se ha prolongado. Pero habría manera de conciliar la participación social activa con la escolaridad, de manera que los jóvenes adquirieran derechos políticos, junto con la estimulación y hasta la exigencia para participar activamente en la construcción de la sociedad, a una edad que pudiera fijarse hacia los 16 años.

Esta recuperación social activa de los jóvenes puede ser una de las medidas más eficaces no sólo para prevenir el abuso de las drogas y la drogodependencia, sino incluso para lograr una Humanidad más feliz, donde congeniasen mejor los adultos y los jóvenes.

En el tratamiento hay que considerar primordial también la acción sobre la personalidad. Una vez desintoxicado el drogadicto es preciso reconstruir la personalidad del joven, de manera que obtenga una identidad y una orientación en la vida. La remodelación de la personalidad es uno de los objetivos terapéuticos más importantes.

